

LA PURIFICACION Y EL PERDON.

Apóstol Marvin Véliz–

El Congo 5 de septiembre de 2013.

INTRODUCCION:

Si usted es una persona íntegra en su corazón delante de Dios seguramente este pasaje y este mensaje le traerán mucha salud espiritual a su vida.

1 Juan 1:7 pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. v:8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. v:9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. v:10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

La primera carta del apóstol Juan se vuelve para nosotros muy complicada, por la razón que él dice demasiadas cosas en pocas palabras. Sé que una gran mayoría de estudiosos de la Biblia, al leer las cartas de Juan, a causa de su denso contenido, han tenido la experiencia de turpirse tanto de la mente que terminan sin entender lo que leen.

Este pasaje, sin lugar a dudas es uno de esos muy difíciles de entender. A simple vista nos enseña acerca de la esperanza que tenemos en cuanto al perdón de nuestros pecados, pero si lo miramos con un poco más de perspicacia nos daremos cuenta que es todo un tratado sobre cómo debemos abordar, verdaderamente, el asunto del pecado. Si no contemplamos adecuada y escrituralmente los asuntos en cuanto al pecado, tarde o temprano experimentaremos lo que dice *Romanos 6:23 “la paga del pecado es muerte...”*

Aunque usted sea un genuino hijo de Dios, si no trata adecuadamente los asuntos en cuanto al pecado, terminará experimentando un estado de muerte. Alguien que cae en muerte espiritual es el que se ve privado del fluir de la vida divina y camina exactamente como los que viven en valle de sombra y de muerte porque nunca han conocido al Señor.

Vale la pena que aprendamos de los escritos del apóstol Juan que, a pesar de que pecamos, hay esperanza. En torno a esto, él escribió las siguientes palabras: “... Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados...” (1 Juan 1:9) ¡Aleluya! Qué bueno saber de que nuestros pecados tienen una solución. Pero no sólo debemos gozarnos porque nuestros pecados tienen una solución, si no que hay también una solución para el creyente que peca, acerca de esto dice *1 Juan 2:1 “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”*. El creyente que peca tiene de su lado y como su abogado al mismo Señor Jesucristo.

Hermano querido es glorioso poder entender estos asuntos. Ahora bien, como le decía al principio, veamos esto con un poco más de profundidad. Es bueno que atendamos estas cosas, no con simpleza y superficialmente, si no con la agudeza que esto requiere, pues, encuentro en las cartas de Juan algunas condicionantes que debemos tener en cuenta no solamente para que encontremos el perdón del Señor, sino para que encontremos una genuina restauración en nuestra vida en cuanto al pecado.

DESARROLLO:

El Apóstol Juan enfoca el asunto del pecado no sólo desde el punto de vista de las obras pecaminosas. La mayoría de los creyentes, lastimosamente, se consideran pecadores cuando ven que muchas de sus obras son pecaminosas. Es cierto que debemos ocuparnos de tales obras muertas, sin embargo, el problema no son sólo los pecados, si no la fuente de donde brotan esos pecados, que somos nosotros mismos. Lo que el Apóstol Juan nos dice en estos versos es que debemos ocuparnos de las obras muertas, pero también de nuestra naturaleza pecaminosa. Es por esta causa que él nos habla tanto del perdón como de la purificación.

Las obras pecaminosas son las acciones de pecado que nosotros realizamos, o sea, son aquellas que resultan como el fruto de nuestra carne. Ahora bien, esas obras de pecado son malas, a causa de que nuestra naturaleza en la que habitamos también es mala. Debemos, entonces, entender la manera genuina en la que Dios quiere tratar estos asuntos con nosotros. A Dios no le interesa solamente que nos demos cuenta de lo malo que hacemos, si no que nos demos cuenta de lo malo que somos. Si no nos damos cuenta de esto, jamás seremos restaurados.

Reconocer lo que somos y lo que hacemos.

Si usted viene ante el Señor considerando solamente lo malo que ha hecho, en realidad, no va a solucionar mucho. Para que usted me entienda esto, recordemos el caso de Judas el Iscariote. Dice *Mateo 27:3* "Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, v:4 diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! v:5 Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó" El caso de Judas es muy interesante. Este hombre se dio cuenta de que entregar al Señor había sido un gran pecado, y es más, al ver lo malo que había hecho devolvió el dinero que había recibido por traicionar a Jesús, pero a pesar de que se arrepintió, y que trató de solucionar su pecado, no encontró aceptación ante el Señor. Judas reconoció que lo que había hecho era un pecado, pero nunca se percató de que él era un pecador. Él necesitaba una restauración, tanto de sus obras, como de lo que él era en sí mismo; si nosotros cometemos el mismo error de sólo ver lo que hacemos y no lo que somos, seremos una historia más como el caso de Judas.

A veces uno se encuentra a borrachos que lloran por estar borrachos. Ellos saben que lo que están haciendo no es bueno, que sus familias no los quieren por sus borracheras y que pierden mucho por estar en ese estado, sin embargo, ellos creen que no son mala gente, porque sólo tienen la conciencia de lo malo que hacen pero no de lo malo que son. Así son por naturaleza todos los seres humanos, sin embargo, nosotros que somos hijos de Dios y que tenemos luz, debemos vivir bajo tal revelación de que cometemos pecados, pero también somos pecadores. Acerquémonos ante Dios conscientes de nuestras obras, pero sobre todo seamos íntegros reconociendo nuestra debilidad y bajeza que tenemos ante el pecado, si así hacemos, seguramente no sólo encontraremos perdón, si no una purificación que hará que nuestras vidas no sean esclavas al pecado.

El hecho de sólo sentirnos mal por las obras pecaminosas en las que sucumbimos y no querer tratar lo malo que somos en nuestra naturaleza, es como aquel hombre que toma la decisión de cortarle todas las ramas al árbol de mango porque se aburre de que el árbol bote tanto fruto. Cortarle las ramas al árbol, en realidad, no es la mejor solución. Si él no quiere volver a tener ese problema de los mangos, lo mejor es botar el árbol de raíz. Cortar las ramas es una solución temporal, ya que al cabo del tiempo, las ramas crecerán, vendrá el tiempo de la

cosecha y los mangos volverán a causarle problemas; más o menos como este ejemplo nos acontece a nosotros con el pecado. Cada vez que pecamos venimos llorando ante el Señor a decirle que nos perdone, sólo tomamos un camino temporal. Si así hacemos somos como Judas el Iscariote quien, arrepentido, hasta devolvió el dinero que obtuvo por traicionar a Jesús, sólo que nosotros a diferencia de él, quizá no hubiéramos llegado a tanta honradez. Así que día con día estamos pidiéndole perdón a Dios una y otra vez y esto aunque parezca algo bueno, no nos lleva a una verdadera restauración. Sólo pedir perdón por nuestros pecados es como cortarle las ramas al árbol de mango, es algo temporal, es una salida a medias. Para poder entrar al proceso de una verdadera restauración, nos es necesario conocer esta verdad de lo que nos dice el Apóstol Juan en cuanto al perdón y la purificación.

A continuación, trataré de explicarle estas dos cosas. Procure entender y amarrar esta verdad, seguramente le servirán mucho para avanzar en su vida espiritual.

La Purificación se encuentra solamente en el Cuerpo de Cristo.

Dice 1 Juan 1:7 *“pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”*.

En vez de decir: *“nos limpia de todo pecado”*, la frase más apropiada debería ser: *“nos purifica de todo pecado”*. Al referirnos a purificación, en términos prácticos, esto es: *“volver algo a su estado original”*. La purificación también implica: *“una limpieza del instrumento que se quiere volver a utilizar”*. Pensemos en un ejemplo: A un niño, su madre le da un vaso con refresco. Al terminarse la bebida, el niño dejó el vaso tirado en el jardín. El vaso quedó expuesto al polvo, a insectos y a otras cosas que lo ensuciaron mucho. Si la madre de familia quiere volver a usar ese vaso para servir bebidas, obviamente tiene que limpiarlo bien para poder volverlo a colocar una vez más dentro de sus utensilios de cocina. Al proceso que fue sometido el vaso, le podemos llamar *“purificación”*, o sea, el vaso fue purificado. La purificación tiene que ver con la limpieza del vaso, pero más que la acción de haber sido limpiado, implica un ciclo en el que el vaso vuelve a estar de nuevo junto a los demás vasos que se usan para servir bebidas. Lavar el vaso es sólo la primera parte, falta colocar el vaso en el chinero, ya dispuesto para ser usado según su diseño original para que el vaso esté *“purificado”*. Así, exactamente, es como nosotros debemos ser purificados. Antes de venir al Señor éramos como ese vaso sucio, tirado en el fango, pero el Señor nos limpió; ahora, Él quiere no sólo que seamos limpios, si no purificados.

Cuando la Escritura dice: *“...la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado...”*, como ya se lo expliqué, no se refiere a una limpieza, si no a una purificación. Ahora bien, no es de menor importancia darnos cuenta también que, tal purificación, la obtenemos en la esfera de la comunión del Cuerpo de Cristo. El terreno donde la sangre de Cristo opera para purificarnos es sólo si estamos en comunión con Su Cuerpo, en otras palabras, estando fuera del Cuerpo no podemos ser purificados. Las palabras de 1 Juan 1:7 nos revelan dos cosas importantísimas: En primer lugar, que como creyentes necesitamos ser purificados y en segundo lugar, que esta purificación se encuentra sólo en el Cuerpo de Cristo. Si volvemos a leer el pasaje lo podemos entender más claramente: *“...pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros...”* (esta comunión se da sólo en Su Cuerpo, por lo tanto, si permanecemos en esa esfera) *“... y la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado.”*

La primera lección que debemos aprender es que la purificación no aplica entre los creyentes que desprecian la comunión con el Cuerpo de Cristo. Dios ha diseñado que la sangre, que es la que purifica, se aplique fuera de la esfera del Cuerpo, sólo los que están perseverando en el Cuerpo tendrán una conciencia adecuada para ser restaurados delante del Señor. Si usted quiere ser purificado, sepa que usted debe ser limpiado por la sangre de Cristo, estando dentro de la esfera del Cuerpo; sólo allí, es donde usted y yo existimos en el estado y en el ambiente original donde el Señor decidió darnos de Su Vida.

La purificación hace que nuevamente seamos útiles para lo cual fuimos llamados.

Si usted anda fuera de la comunión del Cuerpo, sin congregarse con los santos, usted está exactamente como el vaso que queda en el jardín, aunque lo limpien una y otra vez, si no lo quitan del jardín, es obvio que se ensuciará rápidamente. Recuerde, el vaso necesita ser limpiado, pero también requiere de una purificación, es decir, volver a ser colocado en el chinero para ser utilizado nuevamente según aquello para lo cual fue hecho originalmente.

Lo que Dios quiere es que seamos purificados. Él planeó y nos dio el perdón de nuestros pecados por medio de la sangre de Su Hijo Jesucristo, pero más que el hecho de recibir el perdón de nuestras obras pecaminosas, lo que Él quiere es que seamos restaurados al punto que volvamos a ser y a servir según el diseño original con el cual Él nos creó. El detalle que debemos tener en consideración es que no podemos servir a ese nivel si no estamos en comunión con Su Cuerpo. Lo que Dios conformó en Su Hijo, es un Cristo corporativo, un Cuerpo conformado por muchos miembros, por lo tanto, sólo permaneciendo allí podremos ser purificados, sólo en la Iglesia alcanzaremos lo que el Señor quiso que fuéramos.

Querer solamente obtener el perdón por nuestros pecados es, hasta cierto punto, un acto egocéntrico delante de Dios. Todos en el fondo sabemos que el pecado nos daña, nos hiere, nos consume y nos destruye (aunque es deleitoso a nuestra carne) pero cuando miramos el efecto que nos causa el pecado, por un beneficio propio, por querer tener paz en el interior, es que buscamos que el Señor nos perdone. Dice el Salmo 32:3 *Mientras callé, se envejecieron mis huesos, en mi gemir todo el día. v:4 Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. v:5 Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado.* Así venimos al Señor cuando ya no soportamos el peso del pecado, nos arrepentimos, pedimos perdón y creemos que con eso ya todo está bien; tal vez sí para nosotros, pero no para el Señor.

La verdadera purificación es cuando nos damos cuenta que Dios quiere algo más de nosotros que sólo el hecho de que dejemos de pecar. Ser perdonados es algo que nos tiene cuenta a nosotros, pero ser purificados le beneficia a Dios. Dice el Apóstol Pablo en *2 Timoteo 2:21* *“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”.* Hermano querido, cuando usted es purificado, se vuelve un vaso útil al Señor. Dios quiere que usted sea un vaso purificado, que tenga tal restauración que sepa y entienda que es un instrumento útil para Dios. Al respecto de esto, dice *Romanos 6:13* *“...ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia... v:19 Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para*

servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.”

Veamos algunas lecciones que podemos encontrar con respecto a la purificación en *Hebreos 9:13* *Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, v:14 ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?*

1. La purificación restaura nuestra conciencia.

La purificación nos sirve para que le podamos servir al Dios vivo. Mientras que no alcancemos una conciencia limpia para servirle al Señor, todavía no hemos entrado a la esfera de ser purificados. Este pasaje de hebreos nos dice claramente que la sangre de Cristo nos restaura en cuanto a la conciencia.

La conciencia es el juez interno que tenemos. Es un sentimiento, una percepción interior que nos juzga, que nos reprueba o nos aprueba dependiendo de lo que hacemos y del estado en el que nos encontremos. La conciencia es una función interna que corre el peligro de ser vendida al pecado con el pasar del tiempo; o bien, se puede conformar al corazón del Señor. Ésta fue puesta por Dios para dictaminarnos como deberíamos conducirnos en Sus caminos. La conciencia es aquella voz que nos dicta que, aunque nadie nos está viendo, lo que estamos haciendo o vamos a hacer no es agradable a Dios.

Note que tremenda lección nos da al respecto *Hebreos 9:23* *Por tanto, fue necesario que las representaciones de las cosas en los cielos fueran purificadas de esta manera, pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos. v:24* *Porque Cristo no entró en un lugar santo hecho por manos, una representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros, v:25* *y no para ofrecerse a sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote entra al Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. v:26* *De otra manera le hubiera sido necesario sufrir muchas veces desde la fundación del mundo; pero ahora, una sola vez en la consumación de los siglos, se ha manifestado para **destruir el pecado** por el sacrificio de sí mismo.*

En base a lo que acaba de leer, yo le preguntaría: ¿Existe el pecado? Si usted leyó bien, tendría que contestarme que “No”, que el pecado ya fue destruido y terminado. Entonces, ¿Por qué pecamos? ¿Qué sucede cada vez que pecamos? Bueno, Dios no cambia, Él ya solucionó en Cristo todos nuestros pecados, por lo tanto, podemos pecar veinte veces y esos pecados no conmovrán en nada a Dios porque Él ya destruyó al pecado. Lo que sucede realmente es que aunque para Dios esto esté terminado, su conciencia sigue siendo perceptiva de la manera en la que usted se conduce en la vida. Cuando su conciencia le indica que usted ha pecado su relación de comunión con Dios se ve afectada sólo en un sentido doméstico pero no jurídico. Esto es como cuando un hijo le roba a su padre los vultos o algún dinero guardado en la casa. El padre jamás llevará a su hijo a un juicio legal por haber hecho ese robo (doméstico), lo que hará el padre si es bueno es disciplinar e instruir a su hijo para que eso no se repita. Así mismo debemos tratar el asunto del pecado entre Dios y nosotros; es un asunto doméstico, no jurídico.

Por esta razón, el Señor quiere que nosotros vayamos más allá de pedir perdón. Si usted no mira el problema del pecado como Dios lo ve, usted no solucionará nada. A veces lo que queremos no es tanto estar bien con Dios, si no solamente que no sean descubiertas nuestras suciedades. Lo que tenemos usualmente es más una pena en vez de un genuino arrepentimiento, en el fondo, lo que quisiéramos es seguir en el pecado, pero sin sentir el pesar que en nuestra conciencia tenemos a causa de vivir en los apetitos de la carne. Sólo cuando el pecado nos agobia es cuando acudimos a Dios. Creemos que Él actúa como un Juez a quien le podemos decir todo lo malo que hemos hecho, decirle las razones por las cuales nos justificamos de nuestras faltas, y a la vez esperar que nos dé un veredicto de total absolución, sin importarnos en lo más mínimo cuál es Su sentimiento divino al respecto. Hermano querido, esto ofende a Dios por dos razones, por un lado, usted ignora que Él ya solucionó sus pecados, pero en segundo lugar, Él no quiere maquillar la culpabilidad que le hace sentir su conciencia, si no purificarlo para que con conciencia limpia le sirva a Él.

Entonces, ¿Qué es el pecado? ¿Cuál es el conflicto que sentimos? ¿Cómo debemos proceder ante él? Lo que usted debe de hacer es lo que dice el Apóstol Juan, buscar la purificación. Dice *1 Juan 1:7* “*pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. v:8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. v:9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. v:10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.*

Note que en estos versos, ni el hecho de pedir perdón, ni la confesión aparecen como un asunto relacionado a la comunión, si no que la purificación se da por estar en comunión los unos con los otros. ¿Cuándo estamos, entonces, en comunión? Cuando en primer lugar, asistimos a las reuniones de la Iglesia. Congregarnos junto con otros hermanos es la parte objetiva de la comunión. En segundo lugar, hay una parte subjetiva, es cuando Dios mira que hemos absorbido a los hermanos como Su Cuerpo. ¿Qué es la Iglesia para usted, un lugar donde buscar amistad, noviazgos, negocios, vida social, etc.? o ¿Logra usted ver que cada vez que se reúne con los hermanos se está reuniendo con el Cuerpo de Cristo? Para estar en comunión debemos tener presente estas dos cosas, ser fieles a las reuniones y tener la revelación que en ese momento estamos con Su Cuerpo. Si usted logra atisbar esta revelación, créame que el proceso de purificación está siendo efectivo en usted. El que logra ver esto es porque no está jugando a la vida evangélica, eso ya no es de un religioso. La purificación empieza a accionar no por pedir perdón, ni por confesar nuestra lista negra de malas obras, si no porque hemos entrado a la esfera de la comunión con Su Cuerpo. Sólo el que descubre esta dimensión puede verse comprometido para servirle a Dios, de lo contrario qué razón hay. Hermano, el que no recibe esta visión no le sirve al Cuerpo, y por ende, tampoco a Dios. ¿Para qué lo quiere el Señor a usted? Para que le sirva. El hecho de saber que estamos en la esfera del Cuerpo nos ubica y nos dispone para que obremos para Dios y a la vez que Él trabaje en nosotros; servirle a Él es lo que provoca que haya en nosotros la necesidad de una conciencia limpia.

La purificación se acciona por nosotros mismos, puesto que es un asunto de nuestra conciencia y se acciona por el valor que le damos al Cuerpo de Cristo junto con la actitud que tenemos de estar en lo que es de Dios.

Dice Hebreos 10:22 “...acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo nuestro corazón purificado de mala conciencia y nuestro cuerpo lavado con agua pura. v:23 Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza sin vacilar, porque fiel es el que prometió; ...v:25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al ver que el día se acerca. v:26 Porque si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio alguno por los pecados”. Todo el pensamiento que leíamos en Hebreos 9 se alarga hasta terminar en estos versos, y concluye diciéndonos que no nos dejemos de congregarnos porque es pecado. Nuestros pecados ya fueron solucionados en el sacrificio de Cristo, no hay más sacrificios que hacer si tenemos un corazón sincero y permitimos que Su sangre nos purifique.

A mí me sorprende lo que dice 1 Juan 1:8 *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.*

El Apóstol Juan no dice: “no hemos practicado el pecado”, lo que dice es “que no tenemos pecado”. Si dijéramos lo primero podríamos deducir que nuestra naturaleza no es de baja, ni tendiente al mal, si no que lo malo son sólo las acciones. Este modo de pensar es errado; esto es, como el ejemplo que poníamos al principio, sólo querer cortar las ramas al árbol de mango. La solución no es sólo decirle a Dios lo malo que hacemos, si haciendo eso creemos que ya todo está arreglado nos damos falsas esperanzas. Lo que el Apóstol Juan está aseverando es que lo que somos (en nuestra naturaleza) es lo que nos hace pecar. Si sólo pedimos perdón por lo que hacemos, estamos caminando la ruta de Judas el Iscariote. Hermano, grábese estas palabras en su corazón: “Dios está viendo lo que somos, no si nos perdona o no”. Dios quiere que veamos lo que somos para que al darnos cuenta de ello busquemos ser purificados. Pedirle perdón a Dios sólo se nos vuelve una costumbre para callar nuestra conciencia, pero si logramos ver lo que somos, entonces, podremos ser purificados. ¡Qué ciegos hemos sido ante nuestro ser pecaminoso!

2. Perdón y Confesión, dos cosas diferentes.

1 Juan 1:9 *“Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad”.*

Entremos a esta otra parte, ¿cómo arreglamos las situaciones pecaminosas ante el Señor, pidiendo perdón o confesando nuestros pecados? Estas cosas no son sinónimas, una es distinta de la otra.

Piense en la última vez que usted le pidió perdón al Señor. Si ya se recordó de esa ocasión, no me dejará mentir que usted se derramó delante de Dios, seguramente, lloró amargamente sus pecados, puedo decirle con toda seguridad que aunque no estuve con usted, en esa ocasión buscó a Dios porque ya no podía más, sentía que agonizaba, que ese pecado lo estaba consumiendo. En una reunión o a solas con el Señor, usted comenzó a decirle al Señor: “¡Padre, perdóname, lo que hice fue grave! ¡Señor he hecho lo malo delante de Ti!” ¿Cierto o no? ¿Qué fue eso? Usted cree que lo que hizo en esa ocasión fue una confesión. Hemos creído que decir lo malo que hemos hecho es confesar nuestros pecados. Hay personas que se “confiesan” a veces delante de los hombres, y hay quienes, aún peor, se atreven a “confesarse” así delante de Dios; dicen a medias las cosas que han hecho, dicen sólo la parte que les conviene, y agregado a que no dicen toda la verdad, todavía justifican que lo que hicieron fue porque no tenían otra alternativa. Hermano, esto no satisface el corazón de Dios,

esta no es la vía correcta para que se arregle con Él. Si usted ha robado y viene delante del Señor a decirle: “Señor, perdóname por haber robado, pero tú sabes que necesitaba ese dinero...” eso no es confesar, eso es querer justificar su robo. La verdadera confesión es aquella que expuesta ante el Señor, logra ver su naturaleza de bajeza y puede decir: “Señor, robé, mi naturaleza es pecaminosa, cuánta suciedad hay en mí, que perversidad hay en mi interior; Señor, soy un ladrón”. Le aseguro que después de cinco minutos de exponerse de esa manera, usted ya no será el mismo. Decir sólo el error o la mala acción no pone al descubierto lo que somos. La verdadera confesión es aquella que bajo la luz de Dios nos lleva a ver nuestra naturaleza de bajeza. Pudiéramos decir que la confesión es exponernos ante el Señor para poder dar una verdadera descripción de la naturaleza de pecado en la que habitamos; es un escrutinio al ser que cometió el pecado y no sólo al recuento de las acciones pecaminosas. Hermano, es necesario ver no sólo el daño que usted hace, sino por qué lo hace. Un ejemplo de esto es la gente que tiende a padecer de diabetes. Muchos saben que toda su familia es diabética, y que por ende, tienen altas posibilidades de ser diabéticos, sin embargo, prefieren no ponerse en control porque creen que no haciéndose los exámenes correspondientes van a estar mejor, creen que con no realizarse las pruebas para saber si padecen o no de esta enfermedad van a estar más sanos. Eso es no querer confrontar la realidad; los exámenes sólo dicen el estado real de su salud. Así nos pasa a nosotros con el pecado, no queremos declararnos “pecadores”, sin embargo, entre más rápido lo reconozcamos, será más fácil ser restaurados.

El Señor llega como llegó al ciego que le pregunto: “qué quieres que te haga?” y muchos somos tan ciegos que en lugar de pedirle sanidad le pedimos dinero, pero ese ciego repasó en su interior para poder abrir su boca y decirle “yo quiero recobrar la vista” porque se dió cuenta de lo duro y difícil que es ser ciego, cuando el Señor nos pide la confesión es de llegar ante él y decirle: “Señor he pecado” pero no sólo eso, eso es declarar, eso es reconocer, confesar es describir lo que uno es, si confesamos nuestro pecado hermano, Él es fiel y justo para perdonarnos y dice el verso “y” alcanzamos algo mas, porque cuando tu confiesas alcanzas la purificación. Veamos el verso 9 de nuevo *1 Juan 1:9 Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad.*

Ese limpiarnos, es la misma palabra purificación, nos purifica de toda maldad.

Amados hermanos cuanta necesidad tenemos de tratar adecuadamente el pecado delante del Señor, la lección que le dejo es que vaya a su casa y pídale al Señor perdón, pero no sólo eso, confíesele al Señor lo que es, por eso es que David dijo mi pecado te declararé, hermano, es feo vergonzoso decirle al Señor lo que uno es, eso humilla nuestra carne y le da la oportunidad al Señor de restaurarnos a tal punto que purifique nuestras conciencias. Yo le quiero invitar que de aquí en adelante usted practique no sólo pedir perdón para tapar su conciencia, y luego seguir igual, y empiece a confesar su pecado, y recuerde que la meta de Dios es la purificación, para que cualquiera que se purifica de estas cosas se convierta en un vaso útil y de honra para el Señor.

Amén.